

# BÍPEDOS IMPLUMES EN EL NUEVO MEDIO AMBIENTE URBANO DEL SIGLO XXI

---

**Alfonso Rodríguez de Austria Giménez de Aragón**

*Junio 2012*

*Comunicación presentada en el curso "La Ciudad nos consume", del Programa de Formación Ambiental del CENEAM, Julio 2010*

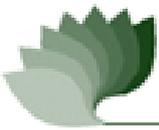
## **Alfonso Rodríguez de Austria Giménez de Aragón**

Licenciado en filosofía, Especialista Universitario en Derecho a la Ciudad y Prácticas Ciudadanas, y Doctorando en Comunicación Audiovisual. Socio de Ecotono S.Coop.And, donde desarrolla su actividad profesional desde 2007- [www.ecotonored.es](http://www.ecotonored.es)

Queda autorizada la reproducción de este artículo, siempre que se cite la fuente, quedando excluida la realización de obras derivadas de él y la explotación comercial de cualquier tipo.

El CENEAM no se responsabiliza del uso que pueda hacerse en contra de los derechos de autor protegidos por la ley.

El Boletín Carpeta Informativa del CENEAM, en el que se incluye este artículo, se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObrasDerivadas 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/)



El objetivo principal del presente texto es hacer una breve aproximación a la forma en que el medio ambiente urbano afecta a las personas que viven en él.

Queda entonces enmarcado en la disciplina de la Psicología Ambiental, aunque como veremos, la propia índole del objeto de estudio precisa de un acercamiento multidisciplinar.

La Psicología Ambiental estudia el comportamiento social teniendo en cuenta que, para su explicación, es crucial atender a la interacción con el ambiente en su conjunto o con una parte del mismo. Es decir que su objeto de estudio es la persona-en-el-ambiente y la interacción entre ambos.

Según José Antonio Corraliza, *"el interés y los dominios de la Psicología Ambiental se centran fundamentalmente en tres aspectos relativamente relacionados entre sí. Estos son: el estudio del medio construido y sus implicaciones para el comportamiento humano, el desarrollo de modelos explicativos de los fenómenos de interacción del individuo y del espacio, y el estudio de aspectos específicos (dimensiones moleculares) del ambiente sobre el comportamiento humano, tales como los trabajos sobre efectos del ruido, o de las variaciones climáticas o térmicas o la calidad del aire. Desarrollos teóricos, psicología y medio construido, y factores ambientales son los tres grandes tópicos sobre los que se han estructurado las aportaciones convencionales etiquetables como Psicología Ambiental."* (Corraliza, 2008)

El aspecto de la psicología ambiental que intentaremos desarrollar será el de "el medio construido y sus implicaciones para el comportamiento humano". Para comenzar a situarnos nos preguntaremos qué clase de cosa es eso que llamamos *ser humano*.

## EL SER HUMANO EN EL MEDIO URBANO

Según una divertida anécdota, Platón definió en una ocasión al ser humano como *"bípedo implume"* o animal de dos pies sin plumas, a lo que Diógenes de Sínope (el cínico) respondió desemplumando un gallo y gritando por las calles *"¡éste es el hombre de Platón!"*. (Laercio, 1985).

Como no somos más listos que Platón y tememos que Diógenes venga a reprocharnos nuestra estupidez, dejaremos que sean otras personas los que vayan definiendo al ser humano en una frase...

*El hombre es un animal bípedo implume.* (Platón).

*El hombre es un animal político.* (Aristóteles).

*El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto son, y de las que no son en cuanto no son.* (Protágoras).

*El hombre es un lobo para el hombre.* (Plauto, atribuido también a Thomas Hobbes).

*Me moriré de viejo y no acabaré de comprender al animal bípedo que llaman hombre, cada individuo es una variedad de su especie.* (Miguel de Cervantes).

*Juez de todas las cosas; imbécil lombriz de tierra, depositario de la verdad; montón de dudas; gloria y desperdicio del universo.* (Blaise Pascal).

*Un animal que fabrica utensilios.* (Benjamin Franklin).

*La tierra tiene una piel y esa piel tiene enfermedades. Una de esas enfermedades se llama hombre.* (Friedrich Nietzsche).

*Vivimos en unos tiempos en que a uno le gustaría ahorcar a toda la raza humana y poner término a la farsa.* (Mark Twain).

*Es evolución creadora.* (Henri Bergson).

*El hombre es el único ser sensible que se destruye a sí mismo en estado de libertad.* (Saint-Pierre).

*El hombre: un milímetro por encima del mono cuando no un centímetro por debajo del cerdo.* (Pío Baroja).



Si para aclararnos algo más, abrimos un libro de antropología, cuya materia no debe ser otra que el ser humano, se nos hablará de muy diversos temas, por ejemplo, de cuerpo y mente; del bucle individuo, especie y sociedad; de percepciones, sensaciones, deseos, tendencias o instintos, de afectividad, de movimiento y acción, de sentimientos y de pensamiento; de lenguaje, de autoconciencia, de subjetividad, de identidad, de voluntad y de libertad; de cultura y naturaleza, de sociabilidad y comunicación; de pasiones, memoria e imaginación; de “yo”, “ello” y “superyo”; de inconsciente colectivo; de realización personal; de valores, comportamiento, actitudes y potencialidades; de felicidad... y de muchísimas cosas más.

Para el tema que nos interesa (cómo afecta el medio urbano a las personas que viven en él y la interrelación entre ambos), y desde nuestra perspectiva urbanita del siglo XXI, seleccionaremos los aspectos que más nos interesan de los mencionados.

Nos quedaremos como primer punto con que el ser humano es un animal de la especie *Homo sapiens*. Repetimos: es un animal: “Ser orgánico que vive, siente y se mueve por propio impulso”. Con todas las consecuencias que esto trae.

Le añadiremos que es un animal social. Y esto no sólo significa que seamos sociables por naturaleza, o que a las personas nos guste por naturaleza estar con otras personas (en sociedad), lo que significa esencialmente es que sin un entorno social en el que insertarnos, no llegamos a ser personas. Además, somos animales sociales que, como el resto de animales, queremos ser felices.

Igual que para el resto de animales, la base de nuestra felicidad se encuentra en acercarnos a lo que nos beneficia y alejarnos de lo que nos perjudica. Y como el resto de animales, contamos para diferenciar entre lo que nos perjudica y lo que nos beneficia con la inestimable ayuda de nuestra madre naturaleza y el sistema nervioso que hemos desarrollado en (dentro de-, perteneciendo a-) ella. Gracias a este sistema nervioso somos capaces de sentir placer y dolor, sensaciones que serán las primeras guías que nos enseñen a comportarnos en nuestro entorno.

La comida y el sexo son los ejemplos paradigmáticos en este sentido: placeres tan grandes como éstos sólo podían velar por la supervivencia del individuo y de la especie respectivamente. Y si hacemos caso a Edgar Morin, para llegar a conocer a los animales humanos, el binomio individuo y especie debe ser completado por la sociedad, para conformar el bucle individuo-especie-sociedad. Por cierto que el estar-en-sociedad también nos ofrece algunos placeres que nos llevan a acercarnos a ésta beneficiosa situación ¿no?

Pero los humanos somos bastante más complejos que cualquier otro animal social que desea ser feliz. Nuestro evolucionado cerebro, y el altísimo nivel de comunicación que nos permite, ha propiciado la creación de un supramundo simbólico en el que también habitamos y en el cual debemos manejarnos para alcanzar nuestra felicidad.

Es en este supramundo simbólico donde adquirimos cosas tales como los valores, las normas de comportamiento o la identidad, y en donde hemos de poner en juego otras cosas también netamente humanas como la imaginación, la creatividad, la libertad o la autorealización.

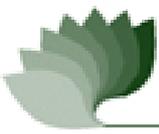
Resumiendo, una persona es, entre otras muchas cosas, un animal (sensible o sintiente, inteligente...), social, y simbólico (con una capacidad de expresión y comunicación extremadamente compleja<sup>1</sup>).

Y aún podemos añadir que en su proceso de socialización<sup>2</sup> ha adquirido unos valores, ha desarrollado unas capacidades y ha aprendido ciertos comportamientos y actitudes. Sin olvidarnos desde luego de que el animal humano quiere ser feliz.

---

1 No olvidemos, en cualquier caso, que lenguaje y pensamiento van de la mano, retroalimentándose tanto filogenéticamente (en la génesis de la especie) como ontogenéticamente (en la génesis del individuo). A decir de los/as antropólogos/as, la historia, bastante simplificada, es más o menos así: El pulgar oponible nos amplió el campo de las acciones más complejas, como por ejemplo la fabricación de herramientas. La posibilidad de realizar acciones más complejas, como la caza estratégica y en grupo, asustando a la pieza para conducirla a una emboscada, obligaron a desarrollar un lenguaje más complejo, capaz de la abstracción. Y este lenguaje abstracto, según el cual se podían nombrar cosas tanto presentes como ausentes (esto último no puede hacerlo ningún otro animal), incidía sobre el pensamiento ampliando de nuevo sus horizontes. El bucle mano-lenguaje-pensamiento está servido.

2 El antropólogo social Michael Maccoby define la socialización como “el influjo que la sociedad establecida ejerce sobre el nuevo miembro que llega al grupo.” Nosotros utilizaremos el término tanto en este sentido como en el sentido de la tendencia a la sociabilidad de los seres humanos.



Una vez resaltados los aspectos del ser humano que nos interesan (ya vemos que podían ser otros), y volviendo al tema del "medio construido y su influencia en el comportamiento (y más) de las personas", cabe preguntarse ¿es el medio urbano actual un entorno apropiado para los animales sociales simbólicos que somos?

En cuanto que animales ¿es el medio ambiente urbano actual sano físicamente? ¿Cómo se comportan nuestros sentidos en el medio urbano? ¿Qué sensaciones tenemos? ¿Qué estímulos (necesarios para mantener el equilibrio físico y mental) recibe nuestro sistema nervioso?

En cuanto que animales sociales ¿favorece o entorpece el medio urbano actual nuestra socialización?

En cuanto que animales sociales simbólicos ¿Qué nos dice la ciudad? ¿Qué mensajes nos transmite? ¿Qué capacidades humanas potencia y cuales inhibe? ¿Qué valores propaga? ¿Qué comportamientos impulsa? ¿Qué actitudes fomenta?

Y en cuanto que animales sociales simbólicos que queremos ser felices ¿Nos hace la ciudad (más) felices?

A intentar responder (tímidamente) estas cuestiones dedicaremos cada uno de los apartados siguientes.

## ENTORNOS SENSIBILIZADORES E INSEBILIZANTES. EL SER HUMANO COMO ANIMAL

Los animales nos relacionamos con el entorno gracias a los órganos de nuestros sentidos y a la información que procesa nuestro cerebro.

Pero ¿qué pasa últimamente con el animal social más evolucionado, el mentado *Homo sapiens*? Pues que desde principios del siglo XXI más de la mitad de los miembros de la especie viven en ciudades, es decir en entornos creados por los seres humanos.

Estos entornos artificiales han ocupado el lugar de los entornos naturales en los que se ha desarrollado la vida de las 100.000 generaciones de *Homo* precedentes a la nuestra.

Es decir que todo *"lo que vemos, oímos, tocamos, olemos, sentimos y comprendemos acerca del mundo ha sido procesado para nosotros. Nuestras experiencias del mundo ya no pueden ser llamadas directas o primarias. Son secundarias, experiencias mediatizadas [...] Cuando vivimos en ciudades, ninguna experiencia entre nosotros y el planeta es directa. Virtualmente todas las experiencias están mediatizadas de alguna manera. El cemento cubre todo lo que podría crecer del suelo. Los edificios bloquean todas las vistas naturales. El agua que bebemos sale de un grifo, no de un arroyo o del cielo. Todo el follaje ha sido confinado por necesidades humanas y rediseñado de acuerdo a los gustos humanos. No hay animales salvajes, no hay terrenos rocosos, no existe ya el ciclo de florecimiento y declinación. Ni siquiera existen el día y la noche. En ningún lado crecen los alimentos."* (Mander, 2004)

Investigar las implicaciones que este entorno construido reciente tiene para los nuevos miembros de la especie es una de las tareas de la psicología ambiental. El estudio separado de determinados factores ambientales, principalmente el ruido, revela algo que todas las personas que vivimos en ciudades experimentamos semi-conscientemente: nuestros niveles de estrés se disparan en el medio urbano.

El aire contaminado parece ser que tampoco le va demasiado bien a nuestros pulmones, la intrusión luminica a nuestros cerebros...

Para Jerry Mander, las principales implicaciones de esta reciente situación de más de la mitad de la población humana mundial son que *"los seres humanos ya no confían en la observación personal"*, hasta que es confirmada por las instituciones tecnológicas y científicas, y que *"los seres humanos han perdido la visión interna de los procesos naturales"*.

En unas pocas generaciones, desde el proceso conocido como Revolución Industrial, una gran parte de la especie humana se ha desnaturalizado. Se ha desanimalizado.

De hecho, en el sumum del absurdo, estudiamos la naturaleza (¡y a nosotras mismas!) a través de los libros porque desde la ciudad nos queda demasiado lejos. Y por si fuera poco, el modo de enseñanza urbano ha sido obligatoriamente exportado al medio rural, de forma que también se encierra a la infancia rural en entornos artificiales durante su "jornada laboral". Infancia rural que no tendría por qué estar encerrada durante toda la jornada, no siendo el medio en el que viven igual de hostil que la



ciudad. ¿Acaso se puede llamar educación a aprender el sistema reproductivo de las plantas sin más planta delante que el dibujo del libro?

*"Quienes construyen entornos artificiales ven los sentidos como cosas aisladas y monolíticas, más que como capacidades que por alguna razón tienen un determinado alcance."* (Mander, 2004) Alcance que además es necesario experimentar para mantener el equilibrio físico, mental y emocional.

Por ejemplo, nuestros ojos se han adaptado para captar los múltiples matices que ofrecen la luz y el entorno en el que han evolucionado. Y de repente, en pocas generaciones, los hemos privado de la amplitud de campo y de la múltiple gama de colores que ofrece la naturaleza, sustituyéndolas por el predominante gris y un campo de visión cortado por un edificio en unos metros a los 360°.

¿Qué sensación experimentamos cuando, de repente, fijamos la mirada en algún punto del horizonte muy lejano? ¿Tendremos que esperar algún estudio científico para ser conscientes del reajuste interno que este simple hecho provoca en nosotros?

¿Qué hay del resto de sentidos?

*"La mayor parte de los edificios de oficinas modernos tienen ventanas herméticamente cerradas. El aire es procesado, la temperatura está regulada. Siempre es la misma. El mayor órgano sensorial del cuerpo, la piel, no siente viento, no siente cambios de temperatura, está totalmente embotado."* No sólo los edificios de oficinas, ¿verdad?

¿Qué hay del olfato? ¿Y del gusto?

Las personas que vivimos en un medio tan extremadamente artificial como son las ciudades modernas, ¿hemos ganado o hemos perdido con el cambio en cuanto que animales sensibles (seres sintientes)?

## ENTORNOS APROPIADOS Y ENTORNOS INAPROPIADOS. EL SER HUMANO COMO ANIMAL SOCIAL

Recordemos la pregunta que nos hacíamos sobre el animal social "ser humano" en un entorno urbano: ¿favorece o entorpece el medio urbano actual nuestra socialización?

Si adoptamos una perspectiva histórica, la ciudad ha sido el lugar de las posibilidades de socialización por excelencia. Durante la Edad Media, el campo era el espacio de sometimiento al señor feudal, mientras que las ciudades se alzaban como el reino de la libertad, vista como el ascenso en la escala social que permitía la compleja trama de relaciones mercantiles (tamizado por supuesto por las férreas leyes de los gremios de trabajadores), y como el bullicioso caldo de la cultura moderna y del conocimiento no dominado por la Iglesia.

Esta idílica imagen de la ciudad, presente en España hasta hace pocos decenios por las pocas posibilidades económicas y culturales que ofrecía el campo, ha dado paso a una imagen de la ciudad como sumidero de esfuerzo y energía humana, al tiempo que sus valores más positivos (libertad del anonimato, caldo de cultivo cultural, confluencia de la diversidad, espacio de socialización y aprendizaje...) han sido sustituidos, en gran parte, por el aislamiento y la homogenización de la actual ciudad capitalista.

No en vano una grandísima parte del estado español ha pasado en pocos años de la sociedad feudal a la sociedad capitalista, arrastrado por la conjunción de intereses económicos y políticos de un capital occidental que no podía seguir permitiendo que la península fuera gestionada como si de un cortijo feudal se tratara: con una escasísima productividad en la acumulación de capital internacional.

El espaldarazo definitivo a este comienzo de inserción del estado en la Europa del capital, una vez instaurada la necesaria democracia, fue el mundial de fútbol de 1982 que preparó el terreno para el "ya semos europeos" del 1 de enero de 1986.

¿Qué ha sucedido para que en pocos decenios las personas que vinimos del pueblo a la ciudad cargadas de ilusiones estemos locas por hacer las maletas y volvernos por donde vinimos?

Aún más, ¿qué ha sucedido para que no podamos volvernos y estemos atrapadas a la ciudad por las férreas garras del trabajo?

La respuesta es simple y compleja a la vez: se llama capitalismo, concentración de los medios de producción (fábricas, materiales, herramientas y recursos humanos) y concentración del consumo.

La gran ciudad del siglo XX no es más que una gran fábrica con su economato anejo. Los trabajadores y trabajadoras salían por la puerta de la fábrica con sus sueldos para entrar por otra en el supermercado, que obviamente tenían el mismo dueño. Así todo queda en casa. El trabajo es doblemente productivo porque permite el consumo.

Esta simple idea, atribuida a Henry Ford a principios del pasado siglo (*"que todos mis trabajadores tengan un coche salido de mi fábrica"*, más o menos), ha sido quizás la que salvó del colapso en que se encontraba al sistema económico capitalista.

Esta simple idea ha sido, entonces, la que convirtió la ciudad-fábrica occidental del siglo XIX en la ciudad-fábrica-economato del siglo XX.

En el siglo XXI, con la llegada de la globalización y sus deslocalizaciones de la industria a países con mano de obra más barata, las ciudades occidentales han pasado a ser ciudades hotel o ciudades restaurante o ciudades monumento, deseosas como están las municipalidades de atraer el capital que les permita su antigua gloria.

Se han ido las fábricas (donde hubiese), queda el sector servicios, la nueva clase obrera de las grandes ciudades.

La idea sigue siendo la misma, la ciudad es un centro de trabajo y un centro de consumo.

Después de la digresión histórica reformulamos la pregunta ¿qué implicaciones tiene la ciudad centro de trabajo-centro de consumo en la socialización de las personas?

Básicamente, que el diseño de la ciudad está definido en estos dos sentidos.

De la misma forma que el centro de trabajo es diseñado para evitar distracciones que retiren nuestra atención de *"lo que tenemos que hacer"* (Mander, 2004), el centro de consumo es diseñado para evitar distracciones que retiren nuestra atención de lo que tenemos que hacer: consumir (Martínez López, 1997. Castro Pérez, 2007).

¿Qué cosas nos pueden distraer de "lo que tenemos que hacer" en un ambiente tan pobre en biodiversidad y experiencias naturales como es el entorno urbano?

Obviamente las personas. Las personas nos distraen del consumo, las personas *nos distraemos unas a otras* del consumo. Así que la solución es evitar el encuentro entre personas salvo en espacios habilitados para ello y de consumo obligatorio.

Cuando hablamos de "espacios de encuentro" incluimos también la dimensión del tiempo, es decir que deberíamos hablar de espacios y tiempos de encuentro. Porque el *encuentro* entre personas, además de un lugar físico acorde, requiere un tiempo suficiente para recorrer al menos los pasos siguientes: reconocimiento como ser humano, saludo, interacción, muestra de interés, frases introductorias y encuentro.

En caso de que el encuentro se dé entre personas que se conocen, el tiempo necesario es mucho menor, dependiendo del nivel de cercanía, mientras que el espacio del que depende debe seguir siendo acorde o apropiado.

En la ciudad actual, los espacios más apropiados para la socialización o son destruidos o son apropiados (valga el juego con ambos sentidos de la palabra) por el mercado. No debe haber distracciones. El espacio "no productivo" debe ser inhóspito. La comodidad, la tranquilidad, la falta de ruido y humos, la frescura en ciudades cálidas y el calor en ciudades frías deben estar mediados por el consumo, al otro lado de unas monedas o billetes que debemos sacar de nuestro bolsillo.

Los bancos en las plazas no "producen", los centros sociales o de vecinos tampoco. Un lugar de descanso en las calles de comercios o en los centros comerciales está prohibido, porque aquí no viene nadie a descansar. Además, si hubiera bancos serían sin duda ocupados por la poco consumidora adolescencia, y para sentarse ya tienen las hamburgueserías...

En algunos casos desastrosos, el diseño inhóspito de la ciudad lo llevan a cabo comerciantes o vecinos/as, aquellos por interés, éstos por evitar molestias, arrancando bancos bajo sus ventanas que sirven de lugar de reunión para jóvenes hasta altas horas de la madrugada.

Esto sucede a pie de calle, mientras que en los despachos de las municipalidades, diseñadores y diseñadoras de ciudadanía aportan soluciones tan "inteligentes" como los alejados "botellódromos". El



parque, aunque menos molesto según los casos para el descanso nocturno del vecindario, ha sido desde luego negado a la juventud, como atestiguan sus puertas cerradas desde una hora "prudencial".

Las nefastas consecuencias de esta ciudad centro de trabajo-centro de ocio son intensificadas en los sectores menos productivos (no trabajan y consumen poco) de la ciudadanía: tercera edad y adolescencia, que son precisamente quienes se sientan en los bancos por la mañana y por la tarde-noche.

A la socialización durante la infancia dedicaremos el breve apartado siguiente.

## SOCIALIZACIÓN DE LA INFANCIA EN EL MEDIO URBANO

La socialización, ya definida antes para la infancia como *"el influjo que la sociedad establecida ejerce sobre el nuevo miembro que llega al grupo"*, es el proceso vital que más definitivamente marcará el carácter y las actitudes de las personas.

El entorno vital (físico y social) en que es acogido el cachorro humano en sus primeros años de existencia es el material con el cual esta nueva persona conformará su interpretación del mundo.

Además, este entorno le sirve de soporte para su desarrollo emocional, y lo que experimente (o deje de experimentar) le acompañará a lo largo de toda su vida. (Martínez López, 2005)

Por ello, estos primeros años son tan importantes.

El entorno urbano del siglo XXI es probablemente el ambiente más hostil que pueda encontrar cualquier nuevo miembro de casi todas las especies de animales.

El cachorro humano pronto descubrirá que carece de la más absoluta libertad de movimientos, fuera de su propio hogar y de esos guetos maternoinfantiles (o paternoinfantiles) que son los parques de juego para la infancia.

Fuera de su hogar tampoco le espera la comunidad, extensión educativa y sentimental de la familia.

El cachorro humano está en peligro de muerte nada más traspasar el umbral de su casa por su propio pie. El entorno supone para él la mayor amenaza, hasta que cumpla los diez, doce o catorce años y le sea permitido salir solo tras haber aprendido a sortear las amenazas del tráfico urbano.

Aunque haya aprendido a valerse en este entorno que le sigue amenazando de muerte, no dejará de sentir y vivir el peligro, simplemente aprenderá a vivir con él.

El pequeño o la pequeña aprenderá que la ciudad (el mundo) es una amenaza, y que la calle no es lugar para las emociones. Su entorno aparecerá fragmentado, casa, colegio y parque infantil, y entre estos fragmentos la amenaza, el indeseable desplazamiento, el no lugar.

Quizás el egoísmo, el individualismo y la poca sensibilidad estén tan relacionados con la percepción del entorno como lo están con la organización del espacio dentro de las escuelas: mesas individuales mirando hacia el lugar que ocupará la autoridad del profesorado de turno.

## LA CIUDAD QUE NOS HABLA. EL SER HUMANO COMO ANIMAL SIMBÓLICO. PODER, PARTICIPACIÓN Y AUTOREFERENCIA.

Antes de preguntarnos qué cosas comunica la ciudad a los animales simbólicos, vamos a leer lo que dice el dios de la Biblia en el capítulo 11 del Génesis:

*"Todo el mundo hablaba una misma lengua y empleaba las mismas palabras. Y cuando los hombres emigraron desde Oriente, encontraron una llanura en la región de Senaar y se establecieron allí. Entonces se dijeron unos a otros: ¡Vamos! Fabriquemos ladrillos y pongámoslos a cocer al fuego. Y usaron ladrillos en lugar de piedra, y el asfalto les sirvió de mezcla. Después dijeron: Edifiquemos una ciudad, y también una torre cuya cúspide llegue hasta el cielo, para perpetuar nuestro nombre y no dispersarnos por toda la tierra. Pero el Señor bajó a ver la ciudad y la torre que los hombres estaban construyendo, y dijo: «Si esta es la primera obra que realizan, nada de lo que se propongan hacer les resultará imposible, mientras formen un solo pueblo y todos hablen la misma lengua. Bajemos entonces, y una vez allí, confundamos su lengua, para que ya no se entiendan unos a otros».*

*Así el Señor los dispersó de aquel lugar, diseminándolos por toda la tierra, y ellos dejaron de construir la ciudad.*

*Por eso se llamó Babel: allí, en efecto, el Señor confundió la lengua de los hombres y los dispersó por toda la tierra."*

Según Marvin Harris, que nos habla sobre las primeras revoluciones urbanas en el valle del Tigris y el Éufrates, hace unos 6.350 años "se levantaron templos monumentales de adobe llamados zigurats en el centro de las principales ciudades. Finalmente, en Uruk, entre el 5.800 y el 5.200 B. P. (before present), aparecieron las primeras ciudades cuyas calles, casas, templos, palacios y fortificaciones ocupaban extensiones de cientos de acres y estaban rodeadas por miles de campos de regadíos [...] La torre de Babel era un zigurat, y se estima que tenía 91,5 m de altura." (Harris, 1995)

Obviando la más que discutible actitud del dios bíblico al "pecado" de la soberbia humana al querer levantar una torre que llegue hasta el cielo, quizás motivada por el hecho de que el *zigurat* era la morada de un dios que no era él, es destacable la importancia que tiene esta gran construcción a la que se le reserva el centro de la ciudad.

De entre la congregación de varias comunidades unidas por una tierra fértil, o de un lugar privilegiado que funciona como cruce de las rutas comerciales, emerge una ciudad que es más que la simple suma de aldeas, porque lo hace con un (o como un) símbolo unificador de los nuevos ciudadanos en el centro de la extensión ocupada por las viviendas.

Todo parece indicar que los primeros grandes monumentos de todas las civilizaciones eran, genéricamente, el lugar donde los dioses se comunicaban con las personas (con determinadas personas), es decir que los grandes monumentos, *zigurats*, pirámides, templos y catedrales, eran las muestras del poder de las personas dirigentes sobre las masas dirigidas.

Hasta que el símbolo por excelencia de las personas, la palabra, pudo ser fijada sobre un soporte duradero, y lo que es más importante, entendida por el pueblo, los y las dirigentes acudían, para simbolizar su poder y la sumisión debida, a la ciencia cuyos logros eran más visibles, y sus métodos y mecanismos más invisibles: la arquitectura.

*"En la estructura de las catedrales (góticas) se utilizan unos elementos de diseño tan sutiles que solamente un estudiante de historia del arte sería capaz de distinguirlos. La mayoría de nosotros no somos conscientes de que la sombría banda de arcos y columnas situada debajo de la serie más elevada de ventanas se llama triforio y de que el propósito de su arquitectura consiste en provocar miedo. Se trata de un truco óptimo: el triforio, formado por portales ligeramente ocultos que conducen a balcones inaccesibles -que a menudo no llevan a ningún lugar-, atrae nuestra mirada pero no nos proporciona respuestas. Su finalidad es recordarnos las secretas cábalas de la iglesia y los misteriosos saberes que ocultan.*

*En la Edad Media, el poder coercitivo de la arquitectura era tan apreciado que los arquitectos formaron sociedades destinadas a mantener en secreto sus conocimientos. De hecho, muy poca gente sabía cómo se construía un arco abovedado o por qué desafiaba la ley de la gravedad. Los arquitectos y las instituciones a las que servían mantenían su autoridad guardando celosamente esta información, igual que ahora las empresas protegen los secretos de la tecnología punta." (Rushkoff, 2000)*

Ya en los siglos XX y XXI, a los edificios religiosos y políticos (coercitivos) se les sumaron los nuevos templos de adoración que son los centros comerciales, los más recientes herederos de aquellas construcciones que fueron diseñados con el objetivo no declarado de influir en la mente de las personas.

*"El primer tema de la venta al por menor, perfeccionado por (el primer director de arte en el sector del comercio de Estados Unidos) Frank Baum a comienzos del siglo XX, consistió en recrear un ambiente de riqueza. Los trabajadores y el inventario se ocultaron en las entrañas del edificio y el resto del espacio se convirtió en un escenario dedicado a la representación de la opulencia. Las tiendas se adornaron con candelabros, complementos de bronce, suelo de mármol y enormes bóvedas de cristal. Se trataba de palacios construidos deliberadamente para despertar sentimientos de inferioridad de clase en los clientes." (Rushkoff, 2000)*

La grandiosidad de los edificios, y en general la grandiosidad de un entorno construido, ya sea su carácter religioso, político o comercial, transmite una obvia e inevitable sensación de pequeñez.



¿Lo mismo que una montaña o el mar?

Parece que no, pues aunque también ante una montaña o el mar nos podemos sentir insignificantes, la construcción artificial nos comunica la potencia de lo humano pero, sobre todo, el poder de ciertas personas.

En un caso nuestra insignificancia contrasta con la inmensidad o potencia de la naturaleza. En el otro, nuestra insignificancia contrasta con el poder de otras personas, poder del que nosotras carecemos o del cual no participamos.

Quizás este poder sobre la ciudadanía, que simbolizan los edificios y los espacios diseñados a tal efecto, esté relacionado con el nivel de participación política de los ciudadanos y ciudadanas de estas ciudades o estados.

La política, la toma de decisiones, es algo demasiado importante para llevarse a cabo en un simple vecindario. Las decisiones que posiblemente transformarán para siempre este simple vecindario deben ser tomadas en un edificio construido para tal efecto en el centro de la ciudad. Un edificio en el que, por cierto, la entrada, vigilada, está restringida.

La ciudad es un reflejo del sistema político y económico que la sustenta, y como reflejo y símbolo, comunica lo que éste: las decisiones se toman en "otro" sitio, la única forma que tienes de participar en el diseño de tu entorno es "disfrutando" de lo ya diseñado, y esto se hace, por supuesto, a través del consumo.

Por otra parte, un entorno construido "no grandioso", en el cual desarrollamos la mayor parte de nuestra vida las personas urbanitas, también nos comunica algunas cosas.

No hace falta que la arquitectura del poder haga diseños para influirnos, porque un entorno fabricado y construido hasta en su más mínimo detalle, sólo habla a las personas de las personas. Es decir, que el ambiente en el que vive ya más de la mitad de la humanidad es absolutamente autorreferencial. Crecemos y aprendemos a sentir y a pensar en entornos fabricados, con las características de la fabricación en serie.

La ciudad, repetimos, producto de los seres humanos, sólo nos habla de los seres humanos, sólo *puede* hablarnos de los seres humanos. Y en nuestra humilde opinión, tampoco nos dice lo mejor de nosotras mismas.

## LA EDUCACIÓN AMBIENTAL SOBRE EL MEDIO URBANO

Uno de los objetivos de la educación en y sobre el medio natural (que muchas personas confunden con la más amplia educación ambiental), desde una perspectiva psicológica, es el necesario reconocimiento de las personas como animales (seres-en-la-naturaleza). Porque estos animales que somos nos hemos construido un entorno artificial que no nos deja ver el entorno que verdaderamente *somos*.

No estamos invocando una supuesta mística de identidad o pertenencia a la naturaleza. Lo que sí estamos invocando es una biología y una psicología de identidad y pertenencia. Nuestro cuerpo, nuestros sentidos y nuestro cerebro se han adaptado al medio en el que llevan la especie y sus antecesores millones de años.

Que nuestro poder transformador del entorno se haya multiplicado infinitas veces en los últimos años no quiere decir que podamos transformarnos a nosotras con la misma velocidad. En este sentido, un edificio de viviendas de 80 plantas no se diferencia en absolutamente nada de la cabaña de un castor o la madriguera de una nutria: su función es servir de cobijo y hogar.

Los objetivos de la educación ambiental sobre el medio urbano, desde una perspectiva psicológica, deben contemplar el desvelarnos la influencia que el medio urbano ejerce sobre el comportamiento, las aptitudes y los valores de los seres humanos que vivimos en él.

Una importancia especial tendrá el volver la cara a esta influencia que el medio urbano ejerce sobre nosotras, y potenciar nuestra capacidad de influir en el medio. Para ello será necesario que trabajemos temas como el del empoderamiento ciudadano o la re-apropiación de los espacios para la ciudadanía.

Nuestra perspectiva ha de ser crítica, teniendo en cuenta que existen diferentes grupos sociales con intereses divergentes, y que cada grupo utiliza las herramientas que están a su alcance en la



consecución de sus intereses. Demasiado bien conocemos que el interés global de los seres que habitamos el planeta rara vez coincide con el interés particular inmediato de los grupos humanos dominantes.

## BIBLIOGRAFÍA

- Castro Pérez, José Antonio** (2007) *Habitar. Alternativas ante la crisis de la participación urbana*. En *La ciudad a escala humana*. VV. AA. Sevilla. Atrapasueños.
- Choza, Jacinto** (1998). *Manual de Antropología Filosófica*. Madrid. Rialp.
- Corraliza Rodríguez, José Antonio** (2008). *Psicología Ambiental. Ideas y contextos de intervención*. Texto de apoyo a la presentación del módulo I del Curso de Doctorado de Medio Ambiente y Comportamiento Humano.
- Davis, Mike** (2007) *Ciudades muertas. Ecología, catástrofe y revuelta*. Madrid. Traficantes de sueños.
- Díaz, Ibán** (2010) *Sevilla, cuestión de clase. Una geografía social de la ciudad*. Sevilla. Atrapasueños.
- Harris, Marvin** (1995). *Introducción a la Antropología General*. Madrid. Alianza.
- Laercio, Diógenes** (1985) *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*. Barcelona. Orbis.
- Mander, Jerry** (2004). *Cuatro buenas razones para eliminar la televisión*. Barcelona. Gedisa.
- Martínez López, Miguel** (1997) *El puño de hierro de la represión y el guante aterciopelado de la planificación. Crítica del urbanismo estratégico desde la ecología urbana y la participación social*. Universidad de Santiago de Compostela.
- Martínez López, Miguel** (2005) *Cómo favorecer el desarrollo emocional y social de la infancia: hacia un mundo sin violencia*. Madrid. Los Libros de la Catarata.
- Novo, María, y Lara, Ramón** (Coordinación) *El Análisis Interdisciplinar de la problemática Ambiental*. Madrid. UNED.
- Rushkoff, Douglas** (2000). *Coerción. Por qué hacemos caso a lo que nos dicen*. Barcelona. La Liebre de Marzo.
- Sheurmann, Erich, y Swarte, Joost** (2005) *Los papalagi (los hombres blancos)*. Barcelona. Integral.
- Soja, Edward W.** (2008) *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid. Traficantes de sueños.
- VVAA** (2004) *Crisis y reinención de la ciudad contemporánea*. Revista Archipiélago nº 62. Barcelona. Archipiélago.
- Virilio, Paul** (2008) *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*. Caracas. Monte Ávila.